
Sartre y la moral

Es sabido que Sartre nunca escribió un libro sobre moral, o si se prefiere, el capítulo moral de su sistema de filosofía, proyectado e inconcluso. Acaso no hizo otra cosa que moralizar, lo cual equivale a lo anterior, porque generalmente no hablamos de lo que estamos hablando. Que sus escritos sobre moral —antes, tentativamente, desarrollados por sus discípulos y compañeros: Simone de Beauvoir y Francis Jeanson— hayan aparecido póstumamente * parece significativo: Sartre no quiso enfrentarse con ellos en vida.

Estos *Cahiers* no son fragmentarios ni por deliberación del autor ni por azar. Son necesariamente fragmentarios, como toda la obra de este romántico a su pesar que fue Sartre, ya que el romanticismo es fragmentario por naturaleza. Y aún más: se dice de la escritura romántica que está hecha de fragmentos de una gran confesión.

Sartre anunció que escribiría una *Ética* en 1943, al concluir *El ser y la nada*, y redactó estos textos morales entre 1947 y 1948. Es curioso que en ellos no se aborda el tópico central de toda ética, a saber: el problema del bien. ¿Es ésta la primera condición de su fracaso como libro? ¿Se trata de un texto proyectivamente moral y, en rigor, que discurre de otras materias? Pareciera que una moral a secas debe entenderse con ciertas categorías intemporales y, para Sartre, los criterios de bondad y maldad son históricos, epocales. Ello induciría a concluir que no hay moral, sino morales, históricamente relativas.

Pero hay más. En el laberinto ético sartreano se observa un movimiento pendular, siguiendo el cual, el discurso sale, o es expulsado, por la puerta de entrada. Sartre intenta fundar su moral sobre la ontología desarrollada en el libro citado, y termina abordando el problema ontológico, como si no pudiera salir de él. Del ser va al ser del hombre, por quien el ser adviene al mundo, y el ser del hombre en el mundo se articula en historia, donde se realiza el ser en espacio y tiempo. O sea: vamos del ser al ser. El único problema moral abordado es el de la libertad, que se toca con los otros (el ser, el hombre, la historia).

¿Por qué Sartre ocultó al lector contemporáneo suyo, que tanto le importaba, este callejón sin salida? ¿Tal vez porque mostraba que el hombre, animal moral por excelencia, se desarrollaba en un espacio inmoral, la historia? ¿Para no perder su propia distancia moral ante el poder, lugar que le interesaba conservar ante todo? Aceptar, afirmar una moral, equivale a institucionalizarla como buena y poner el discurso al servicio de la institución, y esto sí era para Sartre la mayor inmoralidad en un escritor. Bien, pero entonces, ¿qué puede decir un sujeto sobre la moral que no

* JEAN-PAUL SARTRE: *Cahiers pour une morale*, préface par Arlette Elkaïm Sartre, Gallimard, Paris, 1983, 600 págs.

sea su propia existencia como necesariamente moral? Y si no puede decir otra cosa, ¿no se está afirmando una cierta moral individualista y libertaria, que valora sobre todas las cosas, la distancia entre sujeto individual e institución? La misma decisión, aunque fuera indeliberada, de no completar un texto, es un ejemplo elocuentísimo de lo que acabamos de decir, el rescate de cierto *instinto moral* común a todos los hombres, que existe a condición de que esa comunidad ética no se articule en poder. El deber del hombre es existir como humano, lo cual es lo contrario a existir como hombre, o sea, sometido a un modelo antropológico consagrado por la verdad de los moralistas, sean o no legisladores. Dicho con otras palabras: el deber del hombre es buscarse a condición de no encontrarse, de evitar, como dicen los psicoanalistas, la tremenda maldad de confundir el sujeto con el yo.

Tipología de la moral

Sartre fue un moralista que no hizo más que moralizar sin escribir un tratado de moral, y un ateo que se la pasó hablando de Dios, de lo importante que era una lógica de lo divino (de la divina ausencia de Dios) y de lo esencial que era evitar a Dios como legitimador (según el modelo judeocristiano) a fin de no darle la palabra, de dejarlo en su eternidad natal que equivalía a la muerte, que siempre está absorta y, por tanto, muda.

El ser y la nada termina con la definición de Dios como «una pasión inútil» y estos *Cahiers* empiezan con una apoyatura en Dios: «En tanto se cree en Dios...».

Sartre tipifica la moral en seis categorías, que cuestiona, y propone una séptima. Veámoslas:

1. *La moral religiosa*: la religión concibe el universo como una estructura y el ser como fundado en un íntimo deber-ser: el hombre debe su ser a la divinidad y debe pagar esta deuda, haciendo el bien para resultar aprobado por la mirada divina. Dios es el acreedor simbólico absoluto. Sartre rechaza esta moral por ser *moralizante*: no hay que dar de beber al sediento para hacer el bien y resultar simpático a Dios, sino para surpimir la sed, de modo que la moral se suprima al realizarse, eliminando toda norma.

Dios es una suerte de subjetividad cuya potencia consiste en negarme como subjetividad, objetivándome en una norma impersonal. Y a Sartre le importa conservar la subjetividad humana para que pueda funcionar como lo otro del hombre, que también es humano. Cadena infinita de alteridades, pretende no fundarse en ninguna deuda (pecado) original.

2. *La moral naturalista*: concibe lo moral como algo dado (fin, valor) y, por lo mismo, natural. Sartre se opone a este naturalismo ético a partir de una moral del quehacer, del actuar, del existir. Natural sólo es cierta actitud constante que funda, en el sistema cerrado de la historia (cerrado por el número finito de los hombres) la actitud de elegirse a sí mismo ante la libertad opresiva de los demás, apelando a la fuga y a la autenticidad, que son «naturales» dentro de la historia. Los valores y fines son lo que los hombres podrían ser, lo amable de su condición, y no lo que son, lo innoble de su condición.

3. *La moral histórica*: Sartre sostiene lo histórico de la moral, que debe operar con lo universal encontrado en la historia y recuperado en ella, pero no agota lo moral en la historia, pues ella está centrada en la humanidad (serie finita) y la moral atañe al hombre como serie infinita, como posible con horizonte y sin fronteras. La historia es, en este sentido, totalidad, pero destotalizada, pues no se ha totalizado, es un proceso abierto (una totalidad muy especial, como se ve). Si lo moral no es dado, no es un saber previo suministrado al hombre por una instancia superior legitimadora, entonces el hombre produce la moral por una serie de desvelamientos que parten de su ignorancia moral. En este sentido, aunque el hombre es un haz de posibilidades infinitas, la moral sartreana es una moral de lo finito, de los desvelamientos sucesivos y transitorios de la historia que contienen hallazgos limitados, que son asumidos por el ser-para-sí como limitaciones ontológicas.

4. *La moral normativa*: es la moral fundada en la media suministrada por la estadística, y que considera bueno lo que habitualmente hace la mayoría de los hombres. Hay aquí un modelo de identificación externo, un yo de los grandes números convenientemente procesados, un hombre medio (modélico) y un hombre-medio (convertido en medio, en instrumento, de fines que le son exteriores, ajenos). Está justificado por estos valores externos y les resulta inesencial. Es el hombre que rechaza lo que tiene de destino, pues el destino no es asunto suyo, sino de la estructura estadística objetiva. Es, tal vez, el modelo de moral más alejado del pensamiento ético sartreano.

5. *La moral del deseo*: es la moral romántica que reivindica como bueno todo lo que el deseo quiere (sabemos que el deseo lo quiere todo). Sartre la admite como principio, según veremos, pero le observa un cierto carácter de pasividad: el hombre es querido por el deseo y toma una posición pasiva ante el deseo, que sería el verdadero sujeto del querer.

6. *La moral del intelectual*: es la moral que se da en la antinomia con la moral del político, intentando una síntesis. El político trata al hombre como medio y el hombre se considera como fin absoluto en tanto se asume como mediatizado por el poder. El intelectual que discurre de moral considera al hombre como un fin en el momento en que el hombre se considera un medio en el proceso histórico. Esta dialéctica supone, al menos, dos momentos, pero ninguno de ellos es definitivo y plantea uno de los niveles más dramáticos del pensamiento moral sartreano: el de las relaciones entre historia (finitud, poder) y ética (infinitud, libertad).

7. *La moral existencial*: es, por fin, el punto de partida sartreano, una moral de raíz ontológica, ambigua y dialéctica. Es de raíz ontológica porque define al hombre como «el ser condenado a ser libre». Es ambigua porque supone un elemento dado y opresivo (la condena) y un elemento productivo y libertador (la libertad). Es dialéctica porque resulta de la oposición de dos momentos que se siguen sin resolver, siendo uno la consecuencia del otro y viceversa: una facticidad que se arriesga y un proyecto de superación. Dicho de otra forma: apostar con confianza a los hechos pero no quedarse en ellos, sino superarlos hacia otra instancia donde habrá otros hechos con «derecho» a otra confianza.

Esta confianza en los hechos es una apuesta humanista que cree en cierto instinto